

**ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



DISCURSO DE INGRESO POR EL:

Lic. Jesús Reyes Heróles

Sillón 4

7 de agosto de 1968

RESPUESTA DEL ACADÉMICO:

Don Arturo Arnáiz y Freg

LA HISTORIA Y LA ACCIÓN

Señor Presidente de la República,
Señor Director de la Academia,
Señores Académicos,
Señoras y Señores:

Únicamente a la benevolencia debo el acceso a este recinto y encuentro justificación en la posible y modesta utilidad que pueda prestar.

Suplo, que no sustituyo, a don Ángel María Garibay. Aminoro, si acaso, su ausencia en este Cuerpo, aunque para mí tengo que su sitio permanecerá vacío. Lo conocí como lector de sus obras y por amigos comunes que lo describían como un hombre leyenda, a quien más grande se veía, mientras más cerca de él se estaba. No creo que el conocimiento indirecto pueda deparar frutos similares a los del trato personal. Pero si lo que queda son las letras, en ellas encuentro motivos que superan la admiración. Ilustre hombre que nos dio la llave para franquear la pesada puerta de la cultura náhuatl, revelándonos en ella "virtudes muy hondas, encubiertas por símbolos". Exponer esa cultura simbólica en su esencia fue, más que ardua tarea, clarividencia, intuición, estilo. Descubrió joyas literarias de nuestro pasado y, al conectarlas, dio un nexo espiritual más a nuestra historia. Gracias a él podemos leer a un Sahagún pulcro, sin notas dispendiosas ni interpretaciones dudosas y gozar su obra póstuma —la alusiva a la crónica de Diego Durán, otra fuente indudable de nuestra historia— con todo el sabor que el vocabulario de palabras indígenas y arcaicas permite obtener.

Interrogó el pasado; todo lo que tortura, atosiga o vivifica y alienta, lo vio en los códices, en las ruinas, en los ajados y apolillados papeles. Dialogando con nuestro pretérito, don Ángel María Garibay se mantenía en el presente de tinta fresca, brindando breves notas bibliográficas amenas y ricas, certeros comentarios que inducían a leer, o que, no obstante la innata bondad de su autor, invitaban a prescindir de alguna lectura, si no mala, innecesaria. Supo estar cerca de su pueblo, pasándole sencillamente su sabiduría y aprendiendo de su penetración. Porque estuvo al día, comprendió el pasado, y esta comprensión del pasado lo incitó a estar al día. Lejanía o alejamiento frente a lo contemporáneo, impide profundidad para conocer el pasado. Estuvo sumergido en el presente, razón adicional para que el fervoroso tributo que le rendirnos sea necesariamente pequeño ante la medida de sus méritos.

* * *

Todos los caminos conducen a la historia y la historia está en la entraña de todo conocer o hacer. Las relaciones de los que actuaron, las ideas y los fines de los que hicieron el derecho, la sociología, la ciencia, la literatura, la economía, la política en su muy amplio sentido, el arte, la milicia, la teología. La cumbre misma del conocer parece ser la historia de la historia.

Los caminos que llevan a la historia son medios a través de los cuales la historia se realiza. Es con la precisión del derecho, con el símbolo del arte, con la aproximación de la política, con el rigor de la ciencia, los datos y análisis de la sociología, como el hombre escribe historia. Si el ilustre Garibay llegó a la historia por la teología, camino distinto seguí. Por vocación o equivocación, arribé a la historia, buscando explicaciones al mundo en que vivía. ¿Podía la Revolución en que nací y me desarrollé ser producto de generación espontánea?

Llegué al siglo XIX mexicano, comprobando la unicidad de la historia, de adelante hacia atrás o de atrás hacia adelante, en un perpetuo remontarse o aventurarse. El periodo, una vez iniciado su estudio, tuvo otro singular atractivo, estrechamente ligado con el tema central de estas palabras: tratar con hombres que hacían la historia y también la escribían.

* * *

Aunque el tema de este discurso es ambicioso, la historia y la acción, sólo lo rozaré, sin aspirar, ni con mucho, a su cabal enunciación.

Lo primero que el tema demanda es establecer la relación entre el conocer y el hacer, la teoría y la práctica, pues la historia pertenece al conocer, aun cuando en mucho se ocupe de describir el hacer e influya sobre éste. En el viejo castellano encontramos palabras que, al mismo tiempo que marcan la distinción, precisan la relación entre el conocer y el hacer. De las palabras latinas *facere* y *agere* surgen los vocablos factible y agible. En lo factible es la mano la que priva; pero lo agible implica o parte de un pensamiento que produce y conduce a la acción o que procede de ella (1). Ciencia y experiencia, saber y hacer, praxis para usar e término de nuestros días.

Si en algún terreno esta vinculación se da, es en el de la teoría política. Maquiavelo, al presentar la primera teoría del Estado, racional, no subordinada o subalterna de otro conocimiento, da lugar con su obra, mal comprendida, pero bien aprovechada, a una intensa y extensa literatura, que bajo el signo del antimachiavelismo se dedica a extraer y destilar de la experiencia humana, de la práctica de los gobernantes, consejo para los gobernantes.

La razón de Estado, al surgir su contrarrazón, se convierte en razones, con la obvia interpenetración de los opuestos. De esta directriz enana una serie de máximas, de consejos, de principios, que se proporcionan a los príncipes en libros y que muy pronto un afán de reducir la sapiencia a ciencia, desecha y si no quema es porque la antigua barbarie estaba superada y la nueva aún no había surgido. Se da una amplia gama de consignas, que van desde las formas covachuelistas hasta el barroco literario. Pocas obras se salvan y permanecen, y éstas, más que por su contenido en cuanto a consejo o máximas de gobierno, por sus intrínsecos méritos literarios. Junto a un Saavedra Fajardo, un Gracián o un Quevedo que perduran, hay, con la misma preocupación esencial —extraer de la experiencia y de los ideales normas para la acción, conciliar la práctica con la teoría que se profesa—, infinidad de textos perdidos.

Hoy se ve cuánto en su fondo había de válido en esa tendencia. La política, forma de actividad que, si bien no encierra o comprende toda la acción, sí condensa y concentra parte de la acción realizada en casi todos los órdenes del quehacer, se resume en la decisión. Pero detrás de ésta no se encuentra la nada o el vacío, sino el todo que engendra lo que influye en el todo. La decisión, lejos de darse en la nada o en el vacío, se apoya en el todo, por lo menos con todos y cada uno de sus componentes, aunque sin comprender la totalidad que cada uno de ellos abarque. Ciencia y experiencia se traban: "El arte de reinar no es don de la naturaleza, sino de la especulación y de la experiencia" (2).

Con ello, se retoma la línea de quien en verdad fue padre de la teoría política. ¿No Aristóteles, por su participación directa o indirecta en la política, a través de las complicaciones de su suegro Hermias, la entendió, con una orientación concreta, práctica? ¿Y no derivó, acaso, de aquí y de su conocimiento de la naturaleza humana y con fundamento precisamente en este pragmatismo, el esquema que hizo de un Estado ideal? (3) En palabras llanas, Aristóteles, partiendo de la realidad, concilió los imperativos de ésta con los ideales perseguidos, sobre la base de sopesar lo que es constante en la evolución histórica: la condición humana, que es la naturaleza del hombre más la mutable sociedad en que vive.

* * *

Planteada la relación, la reciprocidad de influencias entre idea y acción, debemos ocuparnos de la vinculación de la historia como conocer con la práctica como quehacer. Se trata de la historia y no de las historias; no hay que confundir las historias con la historia, aun cuando aquéllas formen parte de ésta. Escribir historia y no historias significa buscar el sentido de los hechos, explicarlos hasta donde es posible y situarse en posición equidistante entre aquellos que todo lo ven como fruto de la necesidad y aquellos que todo lo atribuyen a la voluntad del hombre, admitiendo para éste que, de grado o por fuerza, está en aptitud de escoger en las máximas alternativas. Escribir historia impone formar parte del presente, tratando hechos que pertenecen al pasado, sabiendo que la historia es "un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado", diálogo no entre individuos aislados, de hoy y de ayer, "sino entre la sociedad de hoy y la .sociedad de ayer". (4)

Un erudito que, de creer a Toynbee, constituyó con su vida una prueba palpable de baldía erudición, Lord Acton, citaba el refrán de que a un historiador se le ve mejor cuando no aparece. (5) Por mi parte, puedo afirmar que no he leído una historia en que el autor no aparezca. En crónicas, en artículos, en memorias, en libros, nunca he dejado de encontrar al autor y pienso que, aun cuando la historia en que éste no aparezca es imposible, de realizarse el milagro, seguramente estaríamos ante una historia muerta y aburrida. Pero creo que el hecho de que aparezca el autor; no implica la carencia de perspectiva ni de objetividad, hasta donde estos conceptos son válidos en el desentrañamiento o en la interpretación del acontecer histórico. Provistos de la mayor serenidad, encaminados al logro de la mayor objetividad, siempre se interpone el demonio del subjetivismo. En la elección del material y la elaboración de la hipótesis de trabajo, este indomeñable demiurgo se adueña de buen trozo de nuestra perspectiva. De aquí que sea condición para escribir historia, estar consciente de que se desconoce más de lo que se conoce; de que, además, se está en un mirador que elimina, reduce u oscurece el material histórico, y por último, de que quien busca el material total, irrefutable, siempre se dedica a buscarlo y nunca escribe historia. Resignémonos o vanagloriémonos de que esta gran ciencia no sea exacta.

Ahora bien, cualquier planteamiento que postule la influencia de la historia en la acción, tiene que partir de las tendencias, sea cual fuere su orientación primordial, que niegan la posición historicista. Vemos el historicismo en sus grandes rasgos como una concepción que, sin abjurar de la búsqueda de lo universal, tiende a afirmar el carácter individual del hecho histórico y, por consiguiente, la no existencia de leyes del desarrollo histórico, ni siquiera la de

causalidad. Los hechos individuales, así aúnen cualidades universales, nunca se repiten. O, en otras palabras: "La médula del historicismo radica en la sustitución de una consideración generalizadora de las fuerzas humanas históricas por una consideración individualizadora. Esto no quiere decir que el historicismo excluya en general la busca de regularidades y tipos universales de la vida humana. Necesita emplearlas y fundirlas con su sentido por lo individual." (6)

El historicismo reacciona lo mismo en contra del irracionalismo que en contra del clásico racionalismo iluminista. Entronca con el romanticismo, pero no el sentimental y vernáculo, sino el teórico y especulativo que critica, por igual, "el academismo literario y el intelectualismo filosófico que habían dominado en la época iluminista". (7) El historicismo, entre sus múltiples implicaciones, a más de colocar a la historia como cúspide del conocer, reduce el acontecer al puro acontecer, el suceder al suceder, admitiendo por congruencia, la ineludible liga de lo relativo. En su forma radical conduce al relativismo y produce los adoradores del triunfo, por el mero triunfo; en la más depurada: a la "neutralidad del juicio histórico", a la "justificación recíproca de los que luchan a causa precisamente de que no pueden actuar el uno sin el otro". (8)

En una u otra forma se niegan los absolutos situados más allá o por encima de la historia, la tabla de valores para medir y enjuiciar el acontecer. Desde el punto de vista histórico, la pregunta de quién tuvo razón, si la Inquisición o sus adversarios, para Croce carecía de sentido, dado que la historia "incluye y supera ambas instancias".

Numerosos intentos se han dado para negar o superar al historicismo. Si por alguno me inclino es por aquel esbozado por Guido de Ruggiero, que quiere superar por igual el dogmatismo racionalista y el conformismo, consecuencia del historicismo. De Ruggiero dispuso del más válido ejemplo a la mano: Croce, su historicismo y su actuación. Aun en aquel libro (9) en que Croce rebate las acusaciones al historicismo —fatalismo, disolución de los valores, santificar el pasado, conformismo, disminuir la fe en la acción creadora y embotar el sentido del deber— no se elimina la servidumbre ante el acontecer ni se erige el andamio espiritual que rompa la sumisión al acaecer. Se reduce el hombre a lo retrospectivo, a dar rienda suelta a la historia, en desmedro de la personalidad, que encuentra en la lucha por lo que considera bueno o en contra de lo que considera malo, una razón de la propia existencia. En resumen, no se construye el "puente entre la historia hecha y la historia que se hace".

De Ruggiero puede, sin temeridad alguna, dar la prueba: Croce luchó contra el fascismo en que le tocó vivir, no por su historicismo, sino a pesar de él, por sus energías espirituales y su criterio del bien y del mal.

Reiteramos que entre las muchas tendencias antihistoricistas quizás se encuentre una brecha a seguir, en el propósito de De Ruggiero de situarse más allá del historicismo, fundiendo "en un solo molde la razón histórica y la razón metahistórica", poniendo la razón en la fluencia misma de la historia y logrando, de esta manera, que no se sacrifique la historia hecha a la historia que se hace o a la inversa, es decir, manteniendo la continuidad entre las distintas fases del proceso histórico y la innovación o transformación proveniente de un voluntarismo que, por tener en que creer, se traduce en acción. (10) Al igual que esta conclusión, extraemos otra en cuyo apoyo tampoco invocamos a De Ruggiero: pensamos que conjugar el racionalismo con el historicismo da al historiador ductilidad ante los valores en que cree y lo hace permeable a los contenidos de que el devenir histórico los dota o intenta dotar. La razón, sabiendo que su ámbito es la historia y que, por tanto, los hechos, la transformación, los ingenios e inventos influyen en su continente, está dispuesta a interpretarlos, asimilarlos y aprovecharlos.

* * *

Junto a este apoyarse en las tendencias contrarias al historicismo, debemos tener presente un cambio de criterio fundamental, en los movimientos ideológicos revolucionarios. En el siglo XVIII las corrientes ideológicas predominantes, que pretendían modificar el contexto mismo de la sociedad, se basaban en un retorno a la naturaleza humana, viciada por el desarrollo histórico y la vida social. Para ser revolucionario, había que prescindir del pasado, había que apuntalarse en la utopía frente a los hechos, prescindiendo del desenvolvimiento histórico. Contagiados por este afirmarse en la negación del ayer, numerosos pensadores, que incluso en algunos casos se lanzaron al estudio de la historia y ensancharon sus horizontes, rechazaban en sus planteamientos reformadores la influencia de la historia.

En el propio siglo XVIII surgieron concepciones aisladas que intentaban proponer un principio positivo de explicación para la historia (11) y la precisión de su motor; unas excluyendo del transcurso del tiempo la conciencia individual; otras, en cambio, insertándola y postulando valores de la historia hecha para la historia por hacer. En contraste con aquellos que en su utopía encontraban la negación radical de la historia, se dieron los que, afirmando el pasado, veían la realización revolucionaria como culminación del proceso histórico.

En el siglo XIX el debate vuelve a surgir, pero predominan las variantes revolucionarias que ven la revolución como perfeccionamiento y

culminación del proceso histórico, sobre la base de que lo avanzado, el proceso en sí, constituye el pie para la transformación, para el revolucionar. Se supera la actitud "refractaria" frente al concepto histórico y se invierte aquella frase siempre exagerada de que: "El revolucionario no puede, no debe ser historiador"; (12) el revolucionario no sólo puede, sino que debe ser historiador o, al menos, estar al tanto de la historia.

El extremo de las corrientes que consideran la revolución como final del proceso histórico, incurre en la noción elemental de pensar en leyes inexorables del desarrollo histórico, imbuidas de un determinismo que apriorísticamente marca el curso del futuro, supuestamente con fundamento en el ocurrir anterior, y su, a la vez, catastrófico y jubiloso desenlace. Un fatalismo histórico que paraliza la acción tanto como el historicismo.

* * *

Pero dejando a un lado estos excesos inevitables, cuando se da una copernicana vuelta de mentalidad de los ideólogos revolucionarios ante la historia y guiándonos con lo que el cambio en lo sustancial implica, éste resultó trascendental para la historiografía y sus métodos. Dedicarse a la historia no es ya vivir en el ayer, hacer necrología, sino encontrar en el pasado acicates para transformar, para modificar el mundo en que se actúa.

De aquí proviene una relación inescindible que no descarta, sin embargo, la diferencia en los actos respectivos. Recurramos a una conclusión prestada: "Historia y política están estrechamente unidas, o mejor, son la misma cosa, pero es preciso distinguir en la consideración de los hechos históricos y de los hechos y actos políticos. En la historia, dada su amplia perspectiva hacia el pasado y dado que los resultados mismos de las iniciativas son un documento de la vitalidad histórica, se cometen menos errores que en la apreciación de los hechos y actos políticos en curso. El gran político, debe por ello ser 'cultísimo', es decir, debe 'conocer' el máximo de elementos de la vida actual; conocerlos no en forma libresca', como 'erudición', sino de una manera 'viviente', como sustancia concreta de 'intuición' política (sin embargo, para que se transformen en sustancia viviente de 'intuición' será preciso aprenderlos también 'librescamente)". (13)

Relación entre historia y política que da un sentido a la historia por hacer y a la hecha. El transcurrir está sujeto a un factor condicionante decisivo: lo que antes sucedió. Lo que ha ocurrido, lo que ocurre y lo que va a ocurrir no pueden ser separados radicalmente.

* * *

Conjugando la negación del historicismo con lo que podríamos llamar revolucionarismo histórico, la historia para revolucionar, se obtiene una concepción que sostiene la continuidad de la historia, continuidad, por supuesto, que no se da en línea recta, que no simplifica e incurre en armonías forzadas. La continuidad histórica tiene significado cuando deriva de la concordancia y el contraste, la afirmación y la contradicción, la semejanza en las diferencias de las fases históricas. Son hilos de regularidad y contraste que unen etapas coincidentes o divergentes, y que, aun cuando frecuentemente tenues, nunca carecen de fuerza e impiden el surgimiento de fenómenos de ruda espontaneidad. Se trata de opacas urdimbres esenciales que van de lo inmemorial al futuro. El mero hecho de afirmar la continuidad y ver la transformación como culminación del proceso histórico proporciona un prolífico terreno para la influencia de la historia en la acción, para el mismo actuar de la historia. (14)

* * *

Hagamos, empero, dos salvedades sobre este actuar de la historia. La primera, determinar que la contra-acción también es acción; no es lo contrario de la acción, la quietud o inmovilidad, sino la acción en sentido contrario frente al punto de vista adoptado. En otros términos, se califica al movimiento y las fuerzas que lo generan, entre ellas la historia, bajo la influencia del subjetivismo, que, según su dosis, conforma o deforma al historiador. La segunda salvedad se refiere a la gravitación de la historia en la acción, entendida ésta en el sentido antes expresado. El problema es delicado, pues siendo principio establecido que toda historia tiende a ser universal, lo es también que para que se pueda cumplir con esta aspiración o imperativo, se debe recoger lo individual, lo particular, que, comparado y con las debidas sedimentaciones, apoya la pretensión a buscar razones universales. Toda ideología o concepción del mundo y de la vida pretendiendo ser absolutas e intemporales, sufren tales adaptaciones particulares que, al mismo tiempo que reducen su universalidad, la fundamentan, convirtiéndola en una esencia de contenido variable, determinado este último por las peculiaridades de espacio, tiempo y sociedad.

* * *

Atendiendo a esta última advertencia, resulta evidente que la historia no en todas las colectividades desempeña el mismo papel. Si la historia está constituida por los muertos que hablan a través de los vivos, hay pueblos abrumados por la historia, que llevan sobre sus espaldas el pesado fardo del ayer, sujetos a glorias que ya no existen, que se sobrevalorizan en el presente en función del pasado y que llegan, por exceso de un pasado que no deja de serlo, a la servidumbre.

Son colectividades que el peso histórico conduce a ignorar el presente y a no vislumbrar el futuro. Frente a los problemas, recurren a las cenizas e invocan el valor del ayer como un privilegio para el mañana. Su capacidad creadora se reduce, dado que no pueden ni resucitar a sus muertos ni engendrar los vivos que necesitan. Asidas a glorias pretéritas que al pretérito pertenecen y a un mundo yerto que a nadie excita, se exponen al exceso histórico, que es una enfermedad incurable. Pueblos abrumados, encorvados por la carga de la historia, están expuestos a que la acumulación y sublimación del pretérito embote su propia intuición. Constituyen estas colectividades campo propicio para que se dé la maldición recalcada por un irracionalista no exento de razones concretas, el "Dejad a los muertos que entierren a los vivos". (15)

En estas sociedades, junto al vivir del pasado, se dan también quienes hastiados de él, de glorias que no pueden emular, caen en el elegante escepticismo y buscan en la historia lo pequeño o picante, deslizándose en la suave incredulidad que atrae prosélitos, que sin poseer siquiera avidez histórica, careciendo de móviles para luchar, se conforman con una decadencia placentera o se disconforman con una decadencia molesta, pues una u otra dependen de la condición social que se guarde.

Pero si los males de los pueblos agobiados, encorvados por la historia, son graves, no menores son aquellos de los que carecen de memoria, que padecen amnesia histórica. Unos por tener una historia grandiosa, pero remota, en que la sima no se puede vencer, en que no hay puentes suficientes para comunicar los abismos con la tierra firme en que se vive o para salvar sucesivos precipicios. Otros, porque tienen una historia corta o pequeña y, en lugar de vivirla —recrearla— con el sentido de toda proporción guardada, la desdeñan y caen, asimismo, en la amnesia. Por razón inversa, repelen su pasado, replegándose en su ignorancia o desdén.

Un pueblo aquejado de amnesia histórica, por falta de comunicación con un pasado grandioso o por falta de aprecio y conocimiento del pasado con que cuenta, es un pueblo que no comprende el momento que enfrenta, no halla en el ayer impulso para el porvenir. El fenómeno se percibe en pueblos que han emergido a la independencia en esta segunda parte del siglo XX y en que la colonización cultural borró el patrimonio anterior.

Hay pueblos que nunca pasan de ser herederos y a los que, cómo a tales, no les importa vivir de su legado; hay otros que ven el porvenir como una expectativa, como una bolsa vacía que sólo ellos con su acción, sin punto de apoyo en lo hecho por sus antecesores, tienen que llenar. Los obstáculos a vencer sin ejemplos a seguir se sobrestiman de tal modo que, en este caso, creen que para ser protagonistas todo depende de ellos y en un momento dado. Como nada se hizo ayer, todo queda para hacerse mañana.

Unos están afectados de consunción; otros de inhibición para nuevas empresas. El abuso o el desuso de la historia produce consecuencias similares.

Agreguemos otra enfermedad que también proviene de la historia: la de aquellos que negando su utilidad y viendo su abuso o desuso, se impregnan de un ánimo despectivo hacia el saber histórico, convencidos de que la historia únicamente enseña que no puede enseñar nada.

* * *

Frente a esta evaluación pesimista de la historia, que proviene de vertientes distintas, pero coincidentes, se da un sentido optimista de la historia, o mejor dicho, un aprovechar el ayer para construir el mañana; una historia que, lejos de ser lastre, se convierte en impulso creador; una historia que, con palabras de Nietzsche, se aparta de los peligros de la historia para no ser víctima de ellos (16) y se aleja de todo aquello que constriñe la espontaneidad y, por tanto, elimina la libertad de la personalidad, que es tanto como eliminar la persona misma.

Conciérne a la historia, en medida análoga, desentrañar el pasado y el presente, proporcionar a las fuerzas que actúan conciencia de su sentido, esclareciendo de dónde provienen y, por tanto, hacia dónde van. Lo que las originó arroja luz sobre lo que deben perseguir; lo que persiguen alumbra lo que les dio origen. Por la historia, el hombre puede "comprender la

sociedad del pasado, e incrementar su dominio de la sociedad del presente".
(17)

Probablemente el medio en que vivo y actúo, me induzca al error disculpable de creer que México no tiene en su historia un lastre por abuso, ni le aqueja la amnesia por desuso. En nuestro acaecer histórico, sufriendo derrotas, casi siempre autoderrotas, u obteniendo triunfos de supervivencia, nunca hemos visto que se haya podido arrasar etapas, culturas, como si se cortaran las raíces de un árbol en crecimiento. Hemos, si, corrido riesgos de que se haya llegado hasta descubrir las raíces de nuestro árbol; pero, o no se presentó el instrumento lo suficientemente poderoso para lograr el corte, o el árbol injertó lo que pretendía matarlo. No hubo, pues, trasplante, sino injerto.

La continuidad, con las características apuntadas, es lo que hace que la historia sea en México un factor que opera para el bien en la vida cotidiana. La historia de México es impulso para el actuar, influencia positiva para la paciencia que afianzar el futuro exige, y el realismo, el pragmatismo que nos libera de ataduras dogmáticas.

En el siglo pasado nuestros hombres, partiendo de una teoría de supuesta validez universal, el liberalismo, supieron matizar, dejar de lado una serie de principios inaplicables o dudosos, inclusive en su intrínseca naturaleza, y construir una forma política particular, un liberalismo social que, prescindiendo de los dogmas económicos, se afanó por conjugar las libertades espirituales y políticas del hombre con sus necesidades económicas y sociales, apartándose de la aberración del dejar hacer, dejar pasar. Aquellos hombres, con un pueblo abierto a la rosa de los vientos, recibieron influencias y se salvaron de imitar, logrando darle fisonomía a nuestra patria. Su acción no sólo constituyó un antecedente, una razón de nuestra Revolución, sino también un ejemplo de cómo, sin amurallarse, sin aislarse del mundo y sus vientos, era posible encontrar una pauta política original que respetara e incorporara nuestra peculiaridad. No debemos, sin embargo, creer, negándolos, que nos dotaron de una fórmula perfecta e inmutable, sino de un modo de hacer y proceder que permite y facilita la actualización y el enriquecimiento de nuestras normas de convivencia y progreso. La vitalidad histórica de México radica en la constante revisión que de sí mismo puede hacer. Es la sabiduría histórica que induce a sacar fuerzas de la debilidad, que aconseja negociar en vez de pelear; es la sabiduría histórica de un pueblo que hizo una Revolución que nunca intentó rebasar sus fronteras y que defendió éstas precisamente para afirmar el derecho a buscar su propio camino. Es la sabiduría de un pueblo que no es adorador del triunfo. Como pueblo viejo y joven que somos, el pasado, que ayudó al

presente, hace que éste, que pronto será pasado, contenga en si los gérmenes del futuro.

* * *

Hemos tocado las líneas de pensamiento que nos conducen a afirmar la acción, el actuar, en su sentido lato, de la historia, considerando las relaciones del conocer y del hacer, con especial acento sobre el conocer histórico y situándonos, a la par, en contra del historicismo, del dogmatismo racionalista de impronta iluminista y del fatalismo, por la creencia en una ley férrea e inmanente de la historia, y a favor de la incipiente idea de colocar la razón en el fluir mismo de la historia, así como de las tendencias revolucionarias que, anulando su genealogía, ven la revolución como continuación y perfeccionamiento de la historia. Valiéndonos de rechazos y adhesiones pudimos formular unas cuantas reflexiones del papel de la historia, según su relación en distintas colectividades con sellos peculiares, lo que nos permitió hacer una digresión sobre el caso de México.

Tócanos ahora abordar un problema que, si en apariencia es más sencillo, no deja de llevar aparejadas consecuencias de no fácil dilucidación: los hombres que en dos campos se mueven, que a dos amos, a cual más celosos, sirven, aquellos que se dedican a investigar, conocer y, simultáneamente, hacer, o que aprovechan el conocer para hacer.

El estar entre la tarea del día, el tráfago cotidiano y la vocación de aclarar las propias ideas, de saber e investigar lleva, a no dudarlo, a condiciones equívocas para la acción, la investigación o ambas. Ejemplo claro de estos riesgos es la vida, a la altura de la más desbocada imaginación, de aquel gran folletista político, de quien ignoramos si al descubrir un pasaje no aparecido en las ediciones de un clásico, derramó su tintero sobre el texto, por el azoro del propio descubrimiento por la preocupación de que, al estudiarlo, estaba abandonando sus tareas de militancia; pero de quien estamos seguros que, siervo de la erudición, acaba por convertirse en desertor. (18) Riesgo de servir a dos amos.

Al margen de este ilustrativo incidente, ocupémonos de una figura dominante en nuestro siglo XIX: el intelectual político. Como reproche generalizado, en ese siglo se decía que sólo la ambición, la codicia de fama, hacia que estos hombres, "que no teniendo más que un talento" — las letras—, aspiraran al que les faltaba— el necesario para la actividad política—, con la consecuencia de que "pierden uno sin alcanzar el otro". (19)

Cabe preguntarse si los trabajos literarios de estos hombres habrían alcanzado mayor calidad, de haber sido ajenos a la actividad política. Mucho me temo que no. Sus letras más valiosas estuvieron encaminadas al hacer o narrar y explicar éste. Pero, apartándonos de este comentario, la tesis generalizada establecía una artificiosa dicotomía de talentos.

* * *

Son, en lo general, los intelectuales los que condenan la actividad política de los de su gremio. No sabemos si se deba al fenómeno, parece ser que repetido, de que nadie es peor con los hombres de letras que un colega ejerciendo el poder y que tan gráficamente se describe en la anécdota de Guizot, casualmente historiador, recibiendo como presidente del consejo de ministros, con soberbia y desdén, nada menos que a Augusto Comte; o aquel otro escritor que con desprecio intenta aplastar a sus colegas del día anterior con las palabras: "¡Vosotros, teorizantes!" (20) Hay también una pizca de duda de que se dé la condición de que no sólo el revolucionario al llegar al poder arguya con la razón de Estado, sino que tal conducta también siga el intelectual. (21) Sean o no éstas las causas, obedezcan o no a la ingeniosa apreciación de que lo más terrible es el poder en manos de un escritor con escasos lectores, resulta indudable que, en lo general, es el intelectual quien ve inconciliables las dos funciones.

Podríamos citar numerosos intentos en esta dirección; abordaremos exclusivamente uno, el de Ortega y Gasset, en torno al estudio de Mirabeau, tanto por la amplia difusión que obtuvo, cuanto porque, con elegancia, Ortega conduce a su lector a que ingiera ideas profundas en una prosa que en su ligereza las disimula. Las premisas de que parte Ortega y Gasset son ratificadas por otros intelectuales que se ocupan de la materia. En primer lugar, la dicotomía de talentos a que nos hemos referido; en segundo lugar, el levantar dos dimensiones de la política, pensar y actuar, como compartimientos estancos; y en tercero, una condena a las ideologías, que nada tiene que ver con los que en nuestros días y no obstante los hechos, por un pobre neopositivismo o una infantil confianza en la infalibilidad de la técnica, desechan la utilidad de las ideologías y las reducen a producto específico de los pueblos subdesarrollados.

Detengámonos en la caracterización de Ortega, que viola puntos de partida adoptados en este trabajo. El político revolucionario —dice— es un contrasentido: se es político o se es revolucionario. Este último, al actuar, obtiene lo contrario de lo que se propone, pues toda revolución provoca su

contrarrevolución. En cambio "El político es el que se anticipa a este resultado, y hace, a la vez, por si mismo, la revolución y la contrarrevolución". Junto a la paradoja viene la acrobacia: el político con las siguientes cualidades: facultad para la transacción, flexibilidad y previsión.

Como se ve, Ortega y Gasset excluye más de lo que incorpora. Deja de lado algo decisivo en la acción: la capacidad para transformar el medio, las cosas. Ignora al hombre que con su acción modifica la realidad, que por su sagacidad y destreza aprovecha coyunturas para transformar radicalmente realidades maduras que, incluso, pueden estar invitando al cambio. Da la imagen de un político mutilado por la comprensión unilateral de su función" toda auténtica política, postula la unidad de los contrarios". Ciertamente que hay algo de esto último, pero mucho más que ese algo.

Para estos intentos clasificadores las simplificaciones son esenciales: el político, según Ortega: "Reflexiona después de hallarse fuera de si, comprometido en la acción"; el intelectual con el pensamiento precede al acto, no siente la necesidad de la acción; intercala cavilaciones entre el pensar y el hacer y si se contrae a la acción lo hace de mala manera, cuando es forzoso; ella, en el fondo, perturba su mundo. De aquí proviene el juicio que rebaja al intelectual: "Hay hombres que es preciso no ocupar en nada, y éstos son los intelectuales. Esta es su gloria y tal vez su superioridad". Pero, parejamente, también se rebaja al político. El intelectual interpone ideas "entre el desear y el ejecutar"; a *contrario sensu*, el político no lo hace, y aunque Ortega busca fórmulas que aproximen las antitéticas figuras, en el fondo, ha levantado una división inconciliable. Ante la complicada sociedad, —asienta— el político necesita, ser cada vez más intelectual; tiene, además, un ingrediente intelectual: "intuición histórica" y frecuentemente el gran político, al empeñarse en "creaciones suplementarias y superfluas, está revelando que siente "fruición intelectual". (22)

¿No inspira un sentimiento lastimoso este querer que el político sea un poco tan siquiera, intelectual? A mí me lo inspira, y me rebelo ante la expresión de dos imaginarias dimensiones: la figura del intelectual, ofuscado o no por sus ideas, e inepto para ejecutarlas por mera profesión, y la imagen desmedrada de un político sin ideas, sólo apto para la transacción oportunista, en el más miserable o valioso de los sentidos.

En contraste con esta tesis, afirmamos que la actuación requiere del pensamiento y que el pensamiento se amplía con la actuación ligera o profunda, pequeña o grande; que, en fin, pensar y actuar se robustecen al comunicarse.

* * *

El intelectual debe ser ocupado en mucho; el político sólo se justifica en la medida en que está regido por un pensamiento. Dicotomías, disociaciones son parcializaciones, fraccionamientos de lo que es unitario. En el subsuelo existe una explicación que no se apoya en la clasificación de individuos, en el casuismo histórico, una clasificación que es social en su esencia: todos los hombres son intelectuales, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales; (23) en correlación con este pensamiento podríamos decir que todos los hombres son políticos, pero no todos los hombres desempeñan una función política en la sociedad. Es a través de la función como podemos obtener algunos resultados.

. Hay, y siempre ha habido, una clase política, admitiendo de antemano el concepto multívoco de clase; con la misma reserva, una diferenciada clase intelectual. Si algo caracteriza a ambas clases es el estar constituidas por quienes, en rigor, no pertenecen a ninguna clase; (24) lo que no excluye que unos u otros en su pensar, actuar o las dos cosas, puedan representar clases. Ambas clases se alimentan entre sí y dan un producto que corresponde a las dos: el intelectual político.

No nos atrevemos a decir que encontremos la solución a las antítesis parciales, las contradicciones individuales, los inevitables temperamentos. Numerosas páginas se llevaría señalar reproches que el político puro formula al intelectual puro o que éste acumula sobre el primero: el político habla de ausencia e indiferencia del intelectual ante la cosa pública; quizá exagere las dificultades de su actividad para desalentar el ingreso de competidores. El político recalca la propensión del intelectual a erigirse en severo juez en algunos casos, sin pasar por la prueba de la acción, en otros casos para resarcirse de la frustración en el actuar. La caracterización ya se ha hecho: el intelectual, ante la grosera realidad que interrumpe sus juegos mentales, se refugia en las ideas como en "un Olimpo sin riesgo", de tal manera que el pensamiento únicamente posee en él voluntad ofensiva "como medio de ejercer un poder absoluto, sin peligro y sin responsabilidad, justificando o trastornando el mundo ante su tintero". (25)

El intelectual, por su parte, se abroquela frente al político con dos argumentos: la obligación que éste tiene de salvaguardar la pureza de las ideas, de ser intransigente en su persecución. Situado en el mundo etéreo de las ideas, el intelectual condena el más mínimo repliegue y el menor apartamiento de la totalidad de las ideas que el político profesa. Cuando

éste recurre al gradualismo y evita acumular por su acción fuerzas y resistencias e intensificar su agresividad, el intelectual se cierra en la idea del todo o nada, y repliegues y acomodos le permiten ver al político como un hombre carente de posiciones doctrinales y que se exime ante las grandes opciones espirituales.

Si consideramos que la ineficacia en la política se siente y se ve y la eficacia ni se siente ni se ve, y que al político no se le juzga exclusivamente por el ejercicio de su profesión, sino que se le exige que llene cualidades al margen de ésta; y recordamos que al artista se le juzga por su obra, sin importar su vida personal, que puede ser degradante o enaltecida, pero irrelevante para su obra, nos percatamos de que se da una disparidad perniciosa de criterios para enjuiciar. Apoyémonos en Croce: el político puede tener muchos defectos, carecer de muchas dotes; mas si la política es su vocación, construye "el fin sustancial de su vida"; se podrá dejar corromper en cualquier actividad, pero no en ella, de la misma manera que el poeta, "si es poeta, transigirá con todo, menos con lo que atañe a la poesía y nunca se prestará a escribir malos versos". (26)

* * *

Por tanto, afirmémonos en la concepción funcional y fortalezcámonos con dos principios fundamentales que hermanan al intelectual y al político. Concebir la política como una actividad cultural. Por el verbo, por la reflexión y por la decisión, el político del más alto rango procura moldear, valiéndose de ella hasta donde es posible, una realidad rebelde, nada plástica, de conformidad con las ideas en que cree. La cultura tiene un claro sentido político, pues, en cuanto no se entiende como yuxtaposición o hacinamiento de conocimientos, supone la búsqueda de perfeccionamiento, empezando por el propio y, por tanto, implica perenne transformación, constante renovación, e impele a estar dentro de la sociedad en que se vive en una posición crítica, con el deseo de cambiarla o conservarla. Cualquier obra cultural, por individual que sea, por mucho que agote una individualidad, la trasciende, adquiere sentido objetivo cuando los demás la aprecian, consumen o rechazan.

Si la política es actividad cultural y la cultura, en su sentido más trascendente, tiene un, significado político, la figura del intelectual político no sólo se ha dado en el pasado y existe en el presente, sino que tiende por sí a subsistir y está sustancialmente justificada. La figura o tipo exige que el intelectual sea modestamente receptivo a la realidad, se deje influir por ésta, la capte y exprese sin desprecio, aquilatándola como fuente de cultura, y

el político se mantenga vinculado con el mundo de las ideas, procure racionalizar su actuar y encuentre en el pensar una fuente insoslayable de la política.

Es indispensable tener esa que Max Weber considera cualidad psicológica decisiva del político, *mesura*; "capacidad para dejar que la realidad actúe sobre uno sin perder el recogimiento y la tranquilidad, es decir, para guardar la *distancia* con los hombres y las cosas". La combinación es "pasión ardiente" y "mesurada frialdad". La política requiere pasión para ser auténtica y no frívola; más "se hace con la cabeza y no con otras partes del cuerpo o del alma". (27)

He querido en estas notas proporcionar alguna explicación sobre la acción de la historia y sobre los hombres dedicados al conocer, al hacer o a ambas cosas. Numerosos esclarecimientos, exigidos por los temas tratados, han quedado pendientes para un estudio que algún día procuraré realizar.

Señoras y señores: La historia hecha y la historia por hacer constituyen tarea vital. Ranke escribió que el historiador debe hacerse viejo, lo que da lugar al comentario de que el tiempo parece ser más considerado con los que a desentrañarlo dedican sus vidas: "Y éstas parecen henchirse y madurar a medida que pasa el tiempo por ellas. Como si el saber histórico fuese resultado no sólo del esfuerzo personal sino del tiempo mismo". (28)

Hacer historia exige años y ayuda a tenerlos. La historia, que ayuda a la longevidad, parece ser que la demanda. Los años dotan de altura para el juicio histórico; obligan a poner entre interrogaciones lo que se aseguraba; otorgan capacidad de duda e imponen, a veces, el recurrir a los puntos suspensivos.

Vivimos época de tiempo rápido. Hemos sido testigos de muchos cambios; preparémonos a ser protagonistas o cronistas de muchos cambios más. Para cumplir la tarea vital que nos concierne, mantengámonos en actitud abierta a lo que proponen las avanzadas de nuestra contemporaneidad: aprendamos de aquellos a quienes pretendemos enseñar; tengamos presente que quienes niegan o afirman rotundamente, quizás estén inquiriendo o preguntando. De no seguir esta conducta, proferiremos palabras que emanan de un mundo cansado, en los linderos de periclitarse; siguiéndola, adoptando una actitud que no busca perpetuar convicciones, sino recibir y tratar de comprender las influencias filiales —de los hijos de la cátedra a los hijos de la acción— podemos contribuir a configurar un mundo siempre antiguo y nuevo, con la convicción de que la libertad es imperecedera como necesidad del espíritu y que la justicia también es imperecedera como necesidad de la dignidad moral del hombre. Esta actitud espiritual abierta, permitirá

comprender los nuevos significados de los valores en que se cree y luchar por las nuevas emancipaciones que las nuevas esclavitudes demandan. Es con esta actitud espiritual que ofrezco contribuir a las tareas vitales de la Academia Mexicana de la Historia.

N O T A S

(1).—Seguimos, en esencia, la interpretación de Francisco Murillo Ferrol (*Saavedra-Fajardo y la política del barroco*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1957, p.:62 y sigs.). Ella no excluye totalmente ciertos aspectos de la realizada por Leopoldo Eulogio Palacios cuando distingue razón especulativa o teórica de operativa o práctica, y cuando, dentro de lo operable, habla de dos aspectos: lo factible y lo agible, dirigidos por dos grandes manifestaciones normativas del pensamiento práctico: el arte y la prudencia. Palacios hace varias distinciones entre factible y agible y, al paso que *ve* lo factible por su rendimiento, a lo agible lo dota de valor intrínseco, humano 'y moral. (*La prudencia política*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1946, pp. 4.9 y sigs. y 71 y sigs.).

(2).—Diego Saavedra Fajardo: *Idea de un príncipe político-cristiano*. Cartas Latinas, Empresa Y. (*Diego Saavedra Fajardo; Obras Completas*. Recopilación, Estudio Preliminar, Prólogos y notas de Ángel González Palencia. M. Aguilar Editor, Madrid, 1946, p. 192).

(3).—Aristóteles: *La Constitución* estudio preliminar por Antonio Tovar. p. 20 y sigs.

(4).—Edward Hallet Carr: *¿Qué Barcelona*, 1967, pp. 40 y 73.

(5).—"Pero por otra parte, hay una cierta virtud en el refrán de que a un historiador se le ve mejor cuando no aparece". (John Emerich Edward Dalberg-Acton: *Ensayos sobre la libertad y el poder*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1959, p. 48).

(6).—Friedrich Meinecke: *El historicismo y su génesis*. Fondo de Cultura Económica. México, 1943, p. Tz. "Por historicismo se entiende, en general, una dirección del pensamiento que hace consistir la realidad en un proceso espiritual dinámico que durante su curso realiza valores universales en formas individualizadas que nunca se repiten" (Guido de Ruggiero: *El retorno a la razón*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1959, p. 23). Empleamos el término historicismo en su sentido originario. En nuestros días, tal modo de pensar se quiere denominar historismo (David Easton: *The political system*. Alfred A. Knopf, Nueva York, 1964). El historismo, para Easton, se caracteriza por sugerir la hipótesis del condicionamiento de las ideas a la historia y su naturaleza relativa, por negar verdades universales, salvo la de que las ideas corresponden a un determinado periodo histórico que no pueden trascender (Cap. Décimo). Se reserva la palabra historicismo para aquellas concepciones que tienden ya a sostener la existencia de leyes inexorables del desarrollo histórico o del cambio, lo que, según Parl R. Popper, implica la pretensión de que existe una "teoría científica del desarrollo histórico que sirva de base para la *predicción histórica*" (*La miseria del historicismo*, Taurus, Madrid, 1961, p. 12, subrayado nuestro). Lo curioso es cómo Popper, al negar toda posibilidad de predicción y de leyes, cae en una especie de historicismo, en el sentido originario.

(7).—Benedetto Croce: *Historia de Europa en el siglo XIX*. Ediciones Imán, Buenos Aires, 1950, pp. 51-52.

- (8).—Guido de Ruggiero, op. cit., p. 31.
- (9).--La *historia como hazaña de la libertad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1945.
- (Io).—De Ruggiero, op. cit., pp. 23-58. Únicamente indicamos este afán de síntesis como una inclinación, como una incitación a explorar un sendero, y bajo ningún concepto como una definición. El propio autor en su *Storia della filosofia* (Editori Laterza, Bari) proporciona un valioso material para proseguir su orientación, sobre todo en *L'età del Illuminismo*, (1960). *Da Pico a Kant* (1964), *L'elcí del romanticismo* (1957) y *Filosofi del novecento* (1963). El esquema de la *Storia della filosofia*, de De Ruggiero, se encuentra en su *Sumario de la historia de la filosofía* (Editorial Claridad, Buenos Aires, 1948).
- (n).--Louis Althusser: *Montesquieu; La politique et l'histoire*. Presses Universitaires de France, 1959, pp. 44-46. Jesús Reyes Heróles: *Rousseau y el liberalismo mexicano*, sobretiro de Cuadernos Americanos, México, 1962, p. 29.
- (i2).—La frase es de Giuseppe Ferrari. La recuerda Rodolfo Mondolfo en un libro en que, con singular acierto, explica y estudia el cambio de mentalidad (*Espíritu revolucionario y conciencia histórica*, Ediciones Populares Argentinas, Buenos Aires, 1955).
- (13).—Antonio Gramsci: *Note sul Machiavelli sulla politica e sullo Stato moderno*. Giulio Einaudi Editore, Tormo, 1964, p. i61. (Existe versión en castellano: *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado Moderno*. Lautaro, Argentina, 1962).
- (14).—"...un historiador que es el político mirando hacia atrás" (John Emerich Edward Dalberg-Acton: op. cit., p. 67). "Puo esistere politica, cioe, *storia in atto*, senza ambizione?" ("¿Puede existir política, *historia en acto*, sin ambición?") (Antonio Gramsci: *Passato e presente*, Giulio Einaudi Editore, Tormo, 104, p. 67).
- (15).—Federico Nietzsche: *Consideraciones intempestivas, 1873-1875*. Aguilar, Madrid—Buenos Aires—México, 1949, p. 104.
- (i6).—Op. cit., p. 160.
- (17).—Edward Hallet Carr: Op. cit., p. 73.
- (18).—Se trata de Paul-Louis Courier cuando en la Biblioteca Laurentina, de Florencia, encuentra un fragmento del manifiesto de Dafnis y Cloe, de Longus, que no contenían las ediciones de la obra. *Collection complete des pamphlets politiques et opuscules Litteraries de Paul-Louis Courier*. Bruxelles, chez tous les libraires, 1826, p. xxii. Paulo-Louis Courier: *Panfletos Políticos* (1816-1824). Revista de Occidente, Madrid, 1936, p. XII.
- (19).--"Sois como todos esos ambiciosos de gloria, como todos esos avarientos de fama que no teniendo más que un talento, aspiran precisamente al que les falta y pierden uno sin alcanzar el otro" (*La Tribuna de I. de Lamartine o sus estudios oratorios y políticos*. Traducida por Francisco Zarco. México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1861, p. XXV).
- (20).--Charles Maurras : *Oeuvres capitales, 11, Essais Politiques*. Flammarion, París, 1954, p. 118.
- (21)...La experiencia nos ha demostrado siempre, hasta ahora que nuestras revoluciones invocan la razón de Estado, desde el momento en que llegan al poder; que emplean entonces los procedimientos de policía, y consideran la justicia como una arma de la que pueden abusar contra sus enemigos". Georges Sorel : *Réflexions sur la violence; Librairie Marcel Ri viere et Cje.*, Paris, 1950, pp. 156-157.
- (22) .--Obras de José Ortega y Gasset: *Mirabeau o el político*, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1943, p. 1123 y sigs.
- (23) .---"Se podrá decir que todos los hombres, por el solo hecho de serlo, son intelectuales; pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales". Antonio Gramsci: *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*. Giulio Einaudi

Editore, Torillo, 1964, p. 6. (Hay traducción al español: *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Lautaro, Argentina, 1960, p. 14)

(24).—En la literatura política italiana el tema de la clase política surge, en realidad con Maquiavelo. Gaetano Mosca rastrea la doctrina de la clase política, nacida, a su parecer, cerca de un siglo antes de su época y fundamenta su método y doctrina en la existencia de la clase política (*Elementi di Scienza Politica*, Gius Laterza ^{45t} Figli, Bari, 1939, Tomo 4, p. 83 y sigs. ; Tomo II, p. 5 y sigs.). El tema aparece, sin embargo, en numerosos autores como preocupación teórica o investigación concreta aplicada al campo italiano. Notas parciales sobre la materia pueden encontrarse en casi toda la obra de Gramsci. Por su parte, De Ruggiero se ocupa expresamente de la clase política incisivamente y de la relación clase y partido y técnica y política (De Ruggiero: *El retorno a la razón*, cit., pp. 129-145). Encontramos un evidente acierto en De Ruggiero, cuando, al respecto, establece: 10. Que fueron los fisiócratas quienes en primer lugar se esforzaron en determinar con exactitud científica el concepto de una clase política que, en virtud de hallarse libre de la necesidad material, por estar constituida por propietarios, estaba disponible para cumplir funciones públicas y gratuitas. 20. Se trataba de una clase disponible o clase general apta para asumir la defensa de los intereses generales. 30. Esta clase operaba como clase política y no como clase económico-social; actuaba para todos. 40. Al fraccionarse la propiedad agraria y reducirse a complemento subsidiario de otras actividades, los intereses agrarios pasaron a segundo término y la clase industrial, así como el proletariado agrícola y urbano, hicieron que la clase política, que era general, se fraccionara en clases particulares, "las cuales justamente por eso, perdían toda verdadera calificación política". 50. Dejó, pues, de haber una clase mediadora, sujeta a servir al bien común, y a ello contribuyó la clase industrial, cuyos miembros "Casi siempre fueron adoradores de la técnica y denigradores de la política, y trataron de dominar esta última con medios indirectos y por interpósitas personas". 60. "En conclusión, la vieja clase política está en crisis y la nueva no logra aún emerger con caracteres bien definidos". Tómese en cuenta la época en que De Ruggiero escribe. No creemos, sin embargo, que ella, la nueva clase política, haya surgido todavía con caracteres bien definidos. No lo es la pintada por Burnham en la revolución de los gerentes, que en su sentido primitivo convertiría a la clase política en administradores de los negocios de la burguesía confirmando el aserto marxista. Tampoco en el derivado, representado por las actuales tendencias tecnócratas, con su copiosísima literatura que exalta el valor de la técnica y degrada al político con las acusaciones tradicionales y, en el fondo, se convierte en una ideología con la voluntad de reducir la política a la técnica, sobre la base de que ésta resuelve objetivamente los problemas en atención al interés general. La definición de interés general ya implica una apreciación y juicio político. (Jean Meynaud : *Technocratie et politique*, Etudes de Science Politique, Lausanne, 1960). Por otra parte, nuestra época obliga a la especialización, que ignora el todo, aunque sea muy en lo general, y que es necesario conocer para la decisión política. Como se ha dicho, al político toca moderar los rigores de los técnicos, teniendo en cuenta los obstáculos humanos, lo cual da lugar a una función que debe considerar la totalidad de los factores del hombre: ideológicos, morales, religiosos, económicos. (Op. cit., p. 78 y sigs.). No dudamos que los técnicos puedan constituir otra clase, pero sí que constituyan la nueva clase política. Giacomo Perticone, en un libro que es modelo de investigación en su género (*La formazione della classe politica nell'Italia contemporanea*, Edizioni Leonardo, Casa Editrice G. C. Sansoni, Firenze, 1954), da una clave cuando pone cuidado en no confundir la clase política" (p. VIII). Tampoco encontramos la clase política en la descripción de Djilas: dominio de una burocracia privilegiada del capitalismo o socialismo de Estado, pues burocracia no es clase política. Las dificultades para definir la clase política radican más que en su existir, en el concepto de clase.

(25).—Emmanuel Mounier: *Manifiesto al servicio del personalismo. Personalismo y cristianismo*. Taurus Ediciones, S. A., Madrid, 1965, p. 28.

(26).—Benedetto Croce: *Ética y política*. Ediciones Imán. Buenos Aires, 1952, p. 747 y sigs. Corresponde este texto, en que se ocupa de la honradez política, a *Fragmentos de ética*, publicados en 1922. Ortega y Gasset, en su ensayo sobre Mirabeau, de 1927, coincide sustancialmente con Croce en que no hay que exigir al político las pequeñas virtudes; no hay que medirlo con el rasero que se aplica al mediocre. El "hombre de obras" no puede ser considerado "bajo la perspectiva moral y según los datos psicológicos del hombre menor, sin destino de creación" (*Obras completas*, Tomo III, *Mirabeau o el político*, Revista de Occidente, Madrid, 1962, pp. 603-611).

(27).—Max Weber: *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1967, pp. 153-156.

(28).--Luis Diez del Corral: Estudio Preliminar a *La idea de la razón de Es-Lado en la Edad Moderna*, por Friedrich Meinecke. Instituto de Estudios Políticos Madrid, 1959, pp. VII, VIII y IX.

Respuesta del Académico Don Arturo Arnáiz y Freg

Señor Presidente de la República.

Señor Director de la Academia.

Señores Secretarios de Estado.

Señores Académicos.

Distinguido Auditorio.

La *Academia Mexicana de la Historia*, recibe esta noche, en sesión solemne, a un nuevo miembro de número.

Esta institución, que desde hace cerca de medio siglo ha cultivado las Ciencias Históricas en todos sus ramos, enriquece ahora la lista de sus miembros con el nombre y la colaboración de uno de los intelectuales más distinguidos del México Contemporáneo. Al licenciado D. Jesús Reyes Heróles le será impuesta hoy, como símbolo de su nueva jerarquía, la venera correspondiente al sillón número 10 de esta Academia que, a partir del año de 1919, ha sido ocupado por otros dos mexicanos eminentes.

Fue el primero D. Federico Gómez de Orozco, sabio historiador, bibliófilo siempre generoso, y profundo conocedor de la vida histórica de México, particularmente en la extensa etapa que, desde la Conquista, se extiende hasta el fin de la dominación española. Muchos de los aquí presentes recordamos todavía con admiración las lecciones de Paleografía que le escuchamos dentro de las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras, y sus investigaciones que iluminaron algunos de los capítulos más intrincados de la Historia de México en el Siglo XVI.

Al término de la larga y fecunda vida de D. Federico Gómez de Orozco, la Academia tuvo el acierto de elegir para substituirlo al Dr. D. Ángel María Garibay.

Continuador ilustre de los grandes misioneros que nos dejaron libros y estudios fundamentales para el estudio del México prehispánico, don Ángel María Garibay supo ensanchar el camino que abrieron Fray Andrés de Olmos, Fray Bernardino de Sahagún y Diego Durán.

Y, al excavar en la rica veta de la literatura náhuatl, realizó hallazgos que son oro en polvo y gemas de valor imponderable.

Para Garibay, la investigación del pasado indígena representaba el sustrato necesario para la comprensión del mexicano moderno. "Por ambos lados venimos de muy remotas fuentes, —decía—, y todo lo que en siglos, en milenios, se acumuló en ellas, nos ha tocado a nosotros".

Concebía a México no como un bloque, sino como un mosaico. En el tiempo y en el espacio. Decía que los que nos sentimos mexicanos, queremos todo lo nuestro: "lo mismo la piedra que abrumba con su majestad hierática como la Coatlicue, que la solemne belleza barroca y neoclásica de la Catedral de México".

Y ese hombre que, sin descuidar sus múltiples obligaciones, escribía a veces en "los ratos perdidos", "acaso los mejor ganados" —como él decía--, nos abrió amplios caminos para la comprensión de esta nación nuestra: "ternura toda, y toda tormenta", "país en el que la flor radiosa del canto se abre junto a las llamas", "México, que parece paradoja: bronco como el rayo, y dulce como el canto materno".

* * *

Sucede el licenciado Reyes Heróles en el ámbito de esta Academia a uno de los más grandes sabios del México contemporáneo. Se le recibe aquí con afecto y con respeto.

Hace ya varios lustros que sabíamos de sus intensos estudios en el campo de la jurisprudencia, la economía y la ciencia política, que le han permitido ampliar conocimientos en campos que se completan uno al otro.

Pero, para nosotros, el período más fecundo de su trabajo como historiador se inició formalmente el año de 1955.

Para conmemorar el primer centenario de la Constitución de 1857, se le invitó a que colaborara en la celebración, con un libro que contuviera el

resultado de sus investigaciones sobre los orígenes y la evolución del liberalismo mexicano.

El licenciado Reyes Heroles aceptó el encargo, y llevado de su impulso de investigador y tratadista, escribió una obra en tres volúmenes que tiene, en conjunto, más de mil seiscientas páginas de texto en su primera edición, a pesar de la gran economía de espacio que exhibe su formato.

En marzo de 1957, el licenciado Reyes Heroles era presentado en el proemio del primer volumen de su obra por el Dr. Roberto Mantilla Molina, entonces Director de la Facultad de Derecho, como "un maestro distinguido, brillante catedrático de Teoría del Estado y cuyos estudios de la historia de nuestras ideas e instituciones políticas son ampliamente conocidos".

En el primer volumen, dedicado a establecer el origen de las ideas, puso énfasis en el aspecto teórico. En el segundo, que describe la "sociedad fluctuante" entre la vida virreinal y el sistema republicano, cargó el acento en el estudio de lo que llama: "las grandes coordenadas de nuestra historia" y, en el tercero, —para mí el que está escrito con mayor elegancia y dominio del tema—, se dedicó a examinar valiosas aportaciones mexicanas, y a describir cómo el ideario liberal pudo quedar plenamente integrado dentro de la vida histórica de México.

Así como el notable historiador holandés Bernhard Groethuysen en su justamente célebre libro acerca de *"La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el Siglo XVIII"*, nos ha dado una exposición detallada de cómo se fue integrando en esa centuria la conciencia del hombre nuevo, así como ese buen discípulo de Dilthey, en un esfuerzo ejemplar, abrió nuevos campos a la historia de las ideas y a la historia social, para trazar una descripción muy precisa de cómo la burguesía francesa llegó a instalarse, paso a paso, como fuerza política sustantiva, el licenciado Reyes Heroles, al estudiar la dinámica del espíritu liberal en México, puso al descubierto nuevas realidades, con una sutileza y un refinamiento metódico, que le han permitido redactar una especie de historia subyacente de la conquista de las libertades democráticas.

Esta ha sido sin duda una contribución capital. Si Groethuysen usó millares de sermones de los predicadores franceses de los siglos XVII y XVIII, Reyes Heroles, al emplear la folletería mexicana del Siglo XIX, así como los informes de los periódicos, incluso los de los menos importantes, ha logrado obtener no sólo un tipo de historia que se eleva a planos filosóficos, sino también ha sabido lograr un cuidado en el detalle, un acercamiento íntimo a los sucesos, presentados con una lentitud y una minuciosidad de las que nuestra literatura historiográfica presenta muy pocos ejemplos.

Al ahondar en su investigación, presenta no una colección de estampas estáticas sino un curso dinámico que le permite trazar, en un espléndido esfuerzo de genealogía histórica, la relación cambiante de la clase media

mexicana con el ejército, entonces privilegiado, y la iglesia que era dueña de las dos terceras partes del país.

El primer volumen de su obra, dedicado a "Los Orígenes" fue considerado como la más importante contribución, en el orden intelectual y literario, en el homenaje a la Constitución de 1857 y al liberalismo mexicano.

Se le consideró, desde el principio, merecedor de atenta consideración, no sólo de parte de los historiadores mexicanos, sino también de quienes estudian la historia de las ideas en América.

Y al elogiar la solidez, la moderación y la pureza metódica como cualidades esenciales de esa obra de Reyes Heróles, Francisco Cuevas Cancino proclamaba hace doce años su asombro por la inmensa cantidad de material de primera mano con que ha contado, y así decía: "Sólo aquellos que hemos hecho investigaciones en México nos damos cuenta de los muchos pasos y pesos que Reyes Heróles ha gastado para lograr la magnífica y floreciente documentación que fortalece y justifica cada una de las páginas de su texto". (*Excelsior*, 13 de junio de 1957).

* * *

Nuestro nuevo académico era por entonces ya bien conocido, pero, al parecer, todavía, no de manera suficiente. Cuando editó su primer volumen, en una revista literaria y artística que se publicaba en junio de 1957, encuentro que, por un curioso error, claramente contrario al Evangelio, el crítico de libros mencionaba "la estupenda obra que *don Jesús Heróles* publicó hace una semana". Quien cometió este error, merecía, sin duda, haber sido uno de los Santos Inocentes. (*Hoja al Viento* —Revista Literaria y Artística. —Núm. 2.-15 de junio de 1957).

En el laberinto de documentos que ha tenido que manejar, nos dice que encontró un leve hilo conductor que ha orientado su itinerario: "la idea liberal y, dialécticamente, la antiliberal".

Reyes Heróles ha tenido que hacer esta confesión: "los hechos históricos predominan y entusiasman, pero seguir las huellas de las ideas no es cosa sencilla". Su esfuerzo ha permitido el establecimiento de una rica genealogía ideológica. En las páginas de millares de folletos, junto a lo meramente circunstancial, Reyes Heróles ha podido encontrar muchos de los planteamientos decisivos del federalismo mexicano y, sobre todo, los testimonios que revelan la existencia de un liberalismo social que pugna por afirmarse.

Al emprender el estudio del liberalismo en México como experiencia cargada de sentido histórico, señalaba que esta concepción política no sólo ha sido una interpretación del mundo, sino un intento para transformarlo.

La acción liberal, auxiliada por las contradicciones internas de las clases enemigas, algunas de ellas muy poderosas, evitó el gobierno oligárquico, superó el despotismo constitucional, frustró el dominio de las clases privilegiadas y, más tarde, evitó el establecimiento del gobierno monárquico.

En este campo, la obra entera de D. Jesús Reyes Heróles parece haber sido la mejor refutación que hasta ahora se haya escrito para contestar la frase de don Francisco Bulnes que, puesto en energúmeno, afirmó un día: "Es menester aceptar con resignación una triste verdad: los mexicanos servimos para todo, menos para liberales".

Para Reyes Heróles, los golpes de historia, los grandes procesos, no se hacen persiguiendo pequeñeces teóricas, por trascendentales que sean, sino pretendiendo implantar como norma o realidad unos cuantos grandes principios.

En su gran trabajo de investigación, tuvo que examinar, casi día por día, la vida histórica de México a lo largo de medio siglo.

Al hablar de la victoria histórica del federalismo, señala que sus defensores postularon y lograron el gobierno de las clases intermedias con el apoyo popular. El triunfo permitió que el país dispusiera de un marco político y sociológico que, en todo caso, iba por delante de las realidades nacionales y que, lejos de frenarlas, alentaba su modificación.

A Reyes Heróles debemos reconocimiento por haber documentado con particular lucidez y gran rigor crítico lo que él ha llamado con toda precisión "el liberalismo social mexicano". Él ha señalado que si el liberalismo no encontró la solución al problema de la tierra, lo importante es que la haya atisbado.

En su opinión, la Revolución Mexicana completó y ensanchó una idea liberal al establecer el principio de no reelección, y así escribió hace siete años: "A la Revolución, con la *no reelección*, debemos que nuestra historia no sea una sucesión de oligarquías vitalicias sólo limitada por la duración física de sus integrantes".

Ante los miopes que, todavía en nuestros días, se empeñan en afirmar que la centralización del México contemporáneo demuestra lo artificial del federalismo, Reyes Heróles ha respondido con una interrogante: "¿A dónde habríamos ido sin ese freno?" Y responde: "el federalismo no ha estorbado, sino estimulado, en cambio, la permanencia de las peculiaridades regionales y su integración nacional. Sigue siendo un aliciente y un método para luchar contra la centralización".

La agudeza crítica de este historiador, destaca de manera muy clara cuando demuestra que el liberalismo mexicano está dotado de matices originales y que más original resulta en lo que es heterodoxo frente al liberalismo clásico. Las realidades nacionales lo hacen apartarse del libre cambio en materia económica, y en el campo social, las propias realidades lo incitan a adquirir características ajenas al típico liberalismo europeo. Al describir este proceso, ha señalado que en México las ideologías no se importan en bloque; se asimila lo que en ellas hay de asimilable, y esto se adapta.

Reyes Heróles ha logrado documentar de manera muy clara los planteamientos sociales que hubo dentro del movimiento liberal mexicano y ha sido muy cuidadoso para no incurrir en el error de reducir nuestro proceso histórico sólo a la idea liberal. Así ha escrito: "ideal y realidad se apoyan y configuran mutuamente; a veces las ideas son metas que impulsan al país; en ocasiones, el esquema racional se acopla a una realidad que no puede deformarse mediante la ortopedia dogmática".

Frente a la miopía de los que sostienen que el levantarse contra el porfirismo, el pueblo de México se sublevó de hecho contra el legado histórico del liberalismo, Reyes Heróles afirma con gran agudeza crítica: "el porfirismo, enjuiciado en su totalidad, como fenómeno que dura treinta años, no es un descendiente legítimo del liberalismo. Si cronológicamente lo sucede, históricamente lo suplanta".

Por eso dice en otra de sus páginas: "El porfirismo actuó como enterrador del liberalismo, al que no le escatimó honras fúnebres, glorificándolo en solemnidades y monumentos".

Por su amplio conocimiento de la realidad histórica de México, nuestro nuevo académico ha señalado que está convencido de que: "El porfirismo violó los principios políticos del liberalismo y negó la corriente social que había atemperado en nuestro país el dogmatismo individualista". Por eso ha dicho de manera sentenciosa: "No debe buscarse una sucesión normal, legítima, entre liberalismo y porfirismo y una continuidad, sino una substitución, una verdadera discontinuidad".

El porfirismo no representa en su balance general la huella histórica del pensamiento liberal. El intervalo porfirista traicionó sus orígenes históricos. "Liberales" se proclamaron con toda lógica sus enemigos frontales, los del grupo Magonista. El manifiesto antiporfirista de 1906 está firmado por hombres que se llaman a sí mismos: el *Partido Liberal Mexicano*. El constitucionalismo social de 1917 no fue producto de la acción espontánea. Tenía raíces muy hondas que arrancaban desde los primeros hombres del partido del progreso.

* * *

En su libro sobre *La Evolución Histórica de México*, el notable jurista y escritor don Emilio Rabasa nos dejó el más apretado conjunto de argumentos para intentar la defensa histórica del gobierno porfiriano. Tengo para mí que, cuando se lean dentro de varias décadas los escritos de don Jesús Reyes Heróles, un lector inteligente podrá encontrar en ellos una de las defensas más bien elaboradas sobre la significación histórica de la Revolución Mexicana.

Reyes Heróles ha descrito una actitud que resulta determinante, una especie de ley de nuestro proceso histórico: "Hay siempre —ha dicho— una masa que impulsa a sus caudillos". Por eso "en nuestros grandes movimientos —insurgencia, reforma, revolución—, los guías frecuentemente sólo han obedecido a las masas".

* * *

En sus libros, Reyes Heróles se ha ocupado de describir la vida política y legislativa de México desde 1820 a 1857. Nadie ha hecho hasta hoy más para estimular la comprensión de esa "generación del dolor y del infortunio" que llegó a la escena política inmediatamente después de consumada la Independencia.

Su estudio sobre Mariano Otero es un desfile apasionante de hechos y afirmaciones, documentados con la precisión más rigurosa.

Cuando comenta el "Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana", publicado por Mariano Otero en 1842, Reyes Heróles señala cómo Otero, "si se hubiera dedicado exclusivamente a precisar causas y factores reales, a delinear la necesidad condicionante del proceso histórico y del panorama de su época, habría sido gran sociólogo e historiador; pero dio un paso mucho mayor: quiso comprender las condiciones objetivas de la sociedad mexicana, para intentar comprenderla".

Al leer su espléndido estudio preliminar, me he sentido obligado a discrepar, con el mayor respeto, de nuestro eminente colega, cuando señala que el primer intento reformista de Valentín Gómez Farías en 1833 "fue en parte frustrado por el afán perfeccionista del doctor José María Luis Mora".

Recordemos cómo Mora mismo escribió, desde 1836 que Gómez Farías se hubiera sostenido en el poder si se hubiera apoderado del turbulento Santa Anna y lo hubiera sumergido en un presidio, pero nos dice, "don Valentín no procedió con la decisión que el momento reclamaba, le faltó

resolución en la hora precisa y permitió, por su pusilanimidad, el desencadenamiento de la venganza del partido ultramontano que acabó con las reformas que en 1833 y 1834 se habían difícilmente conseguido".

Por eso Mora, amigo y, en muchas ocasiones, consejero de Gómez Farías y de Otero, escribía : "Cuando se ha emprendido y comenzado un cambio social, es necesario no volver los ojos atrás hasta dejarlo completo, ni pararse en poner fuera de combate a las personas que a él se oponen, cualquiera que sea su clase; de lo contrario, se carga con la responsabilidad de los innumerables males de la *tentativa* que se hacen sufrir a un pueblo y éstos no quedan compensados con los bienes que se esperan del éxito".

El hecho de no haberse apoderado del general Santa Anna, porque no se supusiese en el Vicepresidente Gómez Farías una ambición de mando que no tenía, y porque el paso era inconstitucional, hizo exclamar a Mora: "Famosa razón por cierto, famosa razón que ha mantenido a lo más la reputación del señor Gómez Farías en un punto muy secundario, haciéndola sufrir sin provecho los males de la reforma, los de la reacción que la derribó y los que le causarán las nuevas e inevitables tentativas que se emprenderán en lo sucesivo para lograr aquéllas".

* * *

Tengo para mí que el más reciente de sus libros, el estudio preliminar de las obras de Otero es, hasta hoy, el mejor de sus trabajos. La rica documentación es dominada por la firme voluntad del escritor. La cita de textos ajenos se reduce a lo estrictamente indispensable. La maestría que ha logrado, ha permitido a Reyes Heróles escribir una apasionante semblanza de un hombre que se le parecía en mucho. Por eso elogia con entusiasmo en Otero: "La riqueza de información y el cálculo frío, el idealismo realista que demanda por igual principios y conocimientos de la realidad, entereza y flexibilidad, resolución y sagacidad, así como la existencia de un delicado olfato". Con qué clara convicción nos confía Reyes Heróles en un comentario marginal: "No puede exigirse al estadista que acierte; pero sí que, al tomar las decisiones, considere los elementos y circunstancias reales, de modo que su fallo no derive del desconocimiento de la realidad o de confusión de ésta con sus deseos, y pueda originar acontecimientos contrarios a los intereses que sirve".

Como otro reflejo de sus propias capacidades personales, Reyes Heróles, al estudiar la obra política de Mariano Otero, no deja de advertir: "la facultad de absorción y estructuración de ideas de que estaba dotado, la que permitió que su cultura, sus conocimientos que rayaban en la erudición, impusieran solidez al pensamiento".

Reyes Heróles evade en sus trabajos las frases rotundas y todo brillo retórico innecesario.

Hay en sus libros, sobre todo en el de Otero, una fluidez, una continuidad dramática que se obtienen mediante una rigurosa economía de adjetivos, sin una sola concesión emocional.

Si don Luis Cabrera decía a principios de este siglo "La única nación a la que México debe imitar es la Nueva España", Reyes Heróles ha permitido que se diga: "El siglo diecinueve nos dejó de herencia un liberalismo laico, personalista, nacional, antifeudal y profundamente social, en el cual puede hallar inspiración y vigor el México contemporáneo".

Para él, México tiene un capital histórico que debemos conservar y acrecentar. Prescindir de él, es dilapidar lo que con tesón nos dejaron nuestros mayores; es olvidar que nuestra generación no es hija de sí misma y — por ello— ha sostenido y sostiene que el liberalismo, como velocidad adquirida, juega todavía un papel en el presente de México. Hay todavía problemas a los que nos enfrentamos con el enfoque liberal y, por supuesto, actitudes en la vida nacional que encuentran su fundamento en la conciencia histórica de aquellos hombres.

Y al insistir en el matiz ético que da su carácter a muchos episodios de esa gran lucha, Reyes Heróles destaca la limpieza, el desnudo y el espíritu de sacrificio de que aquellos hombres dieron muestra.

* * *

En la tribuna del Congreso de la Unión, el día en que las cenizas del autor de *México y sus Revoluciones* fueron llevadas a la Rotonda de los Hombres Ilustres, Reyes Heróles expresó de nuevo su firme convicción: "No se corta la historia... se prosigue". "Los revolucionarios mexicanos, lejos de romper los nexos que los unen al pasado, ven en esa labor en el presente, una continuación del proceso histórico nacional".

Este hombre, que sabe el valor de los siglos y, sobre todo, el de los minutos, ha restablecido el vínculo que unifica el proceso histórico que, a lo largo de dos centurias, ha orientado a los mexicanos en su lucha por las libertades civiles, los procedimientos democráticos y por la equidad económica y social.

Señoras y señores:

Hemos escuchado un discurso de recepción valeroso y pleno de vigor intelectual. Es una elocuente lección de historiología en la que están presentes algunas de las preocupaciones más hondas de un historiador moderno. El discurso sobre "La Historia y la Acción" que ha leído el licenciado Reyes Heroles es una clara y bien definida toma de posición frente a los problemas básicos que le han planteado su propia experiencia y su valiosa vocación intelectual.

Llega el licenciado Reyes Heroles a su sillón de Académico de la Mexicana de la Historia, Correspondiente de la Real de Madrid, en la madurez de su inteligencia y en la plenitud de su capacidad creadora. Al comprobar la extensión y la profundidad de la obra histórica que lleva realizada, asombra advertir que ha escrito sus libros mientras, desde puestos de alta responsabilidad, trabaja intensamente en el servicio público.

Reyes Heroles está convencido de que, el hacer ayuda al conocer, y de que escribir historia impone formar parte del presente, tratando hechos que pertenecen al pasado.

Sus obras son ejemplo de decoro intelectual y de rigor en el manejo de los métodos propios de la historia.

Es evidente que el nuevo miembro de esta Academia ha llegado a formar sus propias convicciones, después de enriquecer su valiosa preparación con lecturas muy caudalosas y bien seleccionadas. Su discurso de hoy, es un testimonio elocuente del fino sentido con el que evade las exageraciones y evita en sus páginas los extremos a los que los escépticos y los dogmáticos nos tienen habituados.

Ha llegado al estudio de la Historia del Pensamiento Político en México, provisto del arsenal muy rico que le proporciona la meditación reiterada sobre los textos de los pensadores más preclaros de Occidente.

Dentro de unos minutos, el señor Presidente de la República le hará entrega de la venera que, con máxima dignidad, usó en su condición de Académico de Número don Ángel María Garibay. Estoy seguro que el eminente historiador e ilustre filólogo habría visto con el mayor agrado esta sucesión. Hace un año que el Padre Garibay, al dar cuenta en las páginas de un diario de la aparición de las obras de Mariano Otero, escribía: "Fundamental en todos sentidos es el estudio preliminar, en el que el editor sitúa y valora todos los aspectos de la obra de Otero. Y agregaba: "Los trabajos anteriores de Reyes Heroles, a partir de 1945, lo hacían presentir así. Este libro da un fruto de años y para muchos años".

* * *

Veo reunidas en esta sala algunas de las inteligencias más preclaras del México contemporáneo. La Academia Mexicana de la Historia agradece de

manera muy especial la presencia en esta sesión del ciudadano que preside la República, y de algunos de sus colaboradores más cercanos. Se siente obligada también a expresar su gratitud a los centenares de personas, procedentes de los sectores más activos de la vida cultural de México, así como de aquellos que están vinculados con nuestra vida política, económica y financiera, por el honor y la distinción que a esta sesión confiere su presencia; y es mi grato deber decir ahora:

Sea bienvenido el licenciado don Jesús Reyes Heróles al sillón de la Academia Mexicana de la Historia que ocupará hasta el fin de sus días. Sabemos que, por méritos prolijos, tiene ganado desde hace muchos años un lugar de honor entre los hombres que, a lo largo de este siglo, han dedicado lo mejor de sus esfuerzos al rescate, al estudio y la revaloración de las huellas documentales que conservamos sobre una etapa fundamental de la historia de nuestro país como nación independiente.

Licenciado D. Jesús Reyes Heróles:

En su hermoso discurso inaugural, ha mencionado que "hacer historia exige años y ayuda a tenerlos". La historia, ha apuntado usted, "ayuda a la longevidad y parece ser que la demanda".

Ocupa usted desde hoy en esta Casa el sitio que supieron honrar con sus esfuerzos y trabajos, sabios como don Federico Gómez de Orozco y don Ángel María Garibay.

Sea usted bienvenido al sillón que dentro de esta Academia le corresponde, y que sea por muchos años.